

Revista de la CEPAL

Director
RAUL PREBISCH

Secretario Técnico
ADOLFO GURRIERI

Secretario Adjunto
GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / AGOSTO DE 1982

Revista de la
C E P A L

Número 17

Santiago de Chile

Agosto 1982

S U M A R I O

El desarrollo esquivo. La búsqueda de un enfoque unificado para el análisis y la planificación del desarrollo. <i>Marshall Wolfe.</i>	7
Exportación de manufacturas latinoamericanas a los centros. Importancia y significado. <i>Mario Movarec.</i>	51
El transporte urbano en América Latina. Consideraciones acerca de su igualdad y eficiencia. <i>Ian Thomson.</i>	85
Los bienes de capital. Tamaño de los mercados, estructura sectorial y perspectivas de la demanda en América Latina. <i>Jorge Beckel y Salvador Lluch.</i>	119
Desarrollo desigual y absorción de empleo. América Latina 1950 - 1980. <i>Victor E. Tokman.</i>	129
Monetarismo, aperturismo y crisis ideológica. <i>Raúl Prebisch.</i>	143
El receso internacional y la América Latina. <i>Enrique V. Iglesias.</i>	161
Algunas publicaciones de la CEPAL.	171

Monetarismo, aperturismo y crisis ideológica

*Raúl Prebisch**

En sus recientes artículos, y especialmente en su último libro (*Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, Fondo de Cultura Económica, México 1981), el autor presta especial atención al papel que juega el instrumento monetario en el capitalismo periférico y al sentido y límites de su utilización por la autoridad monetaria. Sus ideas generaron diversos comentarios críticos que lo impulsaron a presentar en la primera parte de este artículo una nueva versión de las mismas que, respetando la estructura original, incorporase algunas reflexiones adicionales. En este sentido, después de reafirmar el núcleo central de sus tesis sobre el papel del instrumento monetario en la apropiación del excedente, examina cómo este instrumento desempeña también una función decisiva en la defensa de ese excedente. Sobre la base de esta aclaración teórica, critica el sentido con que se ha aplicado el instrumento monetario en las recientes experiencias "monetaristas" en América Latina y alerta acerca de su eficacia y consecuencias.

En la segunda parte, se ocupa en especial del "aperturismo" comercial y financiero y del sentido y efectos que el mismo ha tenido en América Latina a la luz de las relaciones entre centros y periferia y de los intereses que en ellas predominan. Tanto el monetarismo como el aperturismo son manifestaciones teóricas originadas en los centros que han demostrado no servir a los intereses fundamentales del desarrollo periférico; estos intereses sólo podrán ser satisfechos por un esfuerzo tenaz de emancipación intelectual.

*Director de la Revista de la CEPAL.

Introducción

Vano es el empeño de las teorías neoclásicas cuando tratan de interpretar el desarrollo periférico prescindiendo de la estructura de la sociedad y de los fenómenos que acontecen conforme penetra en ella la técnica de los centros.

Son fenómenos de la mayor importancia que, impulsados por la lógica interna del capitalismo periférico, tienden con el andar del tiempo a llevar al sistema a una crisis inflacionaria de carácter social, imposible de explicar a la luz de aquellas teorías. Ni explicar, ni atacar eficazmente esa crisis con medidas monetarias.

Entre los neoclásicos —no todos, por cierto— han surgido, en efecto, los monetaristas, quienes pretenden aplicar estas medidas ignorando la verdadera índole de los fenómenos responsables de la inflación social.

La crisis inflacionaria del sistema es, en última instancia, el desenlace de una pugna distributiva caracterizada por el juego de relaciones de poder en el curso de las mutaciones estructurales que acompañan a la progresiva penetración de la técnica de los centros; y esta pugna distributiva se origina en la gran desigualdad social del capitalismo periférico. Muy pocos discuten la persistencia de este fenómeno. Se ha tratado de corregirlo con diversas medidas redistributivas que, no podría negarse, han tenido efectos positivos. Pero a la larga han contribuido a provocar los serios trastornos de la inflación social.

Búsqense todas las explicaciones que se quiera. Para mí, sin embargo, hay una explicación fundamental: *la dinámica del sistema se basa en la desigualdad social* cuyo origen radica en el fenómeno estructural del excedente económico del que se apropian los estratos superiores de la sociedad, en donde se concentra la mayor parte de los medios productivos. Como se explicó en trabajos anteriores, la existencia de una gran masa de gente con menor productividad y más bajos ingresos impide que la fuerza de trabajo, que se emplea con creciente productividad gracias a la acumulación de capital, eleve correlativamente sus remuneraciones. Trátase de una competencia regresiva en el seno de la fuerza de trabajo cuando imperan plenamente las leyes del mercado. La parte del incremento de productividad que no se transfiere a la fuerza de trabajo constituye el excedente económico.

Ahora bien, *el crecimiento del excedente económico es una exigencia dinámica del sistema* pues de allí sale la mayor parte del capital reproductivo cuya acumulación multiplica la productividad y el empleo. Pero al mismo tiempo una parte considerable del mismo se dedica al consumo privilegiado de los estratos superiores. Y este consumo se desenvuelve ampliamente a medida que crece el excedente, en desmedro de la acumulación.

En el curso del desarrollo los estratos sociales intermedios y, eventualmente, los inferiores, tratan naturalmente de mejorar su propio consumo privado y social mediante la presión distributiva, sea directamente, por su poder sindical, o por medio del Estado; y éste aumenta asimismo su consumo civil y militar.

Sucede, sin embargo, que *este mejoramiento del consumo en la pugna distributiva no se hace a expensas del consumo privilegiado sino que se le superpone*. Y ahí está el origen de los trastornos de la inflación social. Pues si el ritmo de todas estas formas de consumo sobrepasa al ritmo de productividad, en desmedro del de crecimiento del excedente, el sistema reacciona con el alza inflacionaria de los precios: no puede seguir cumpliendo regularmente con aquella exigencia dinámica.

Como se dijo, el excedente se explica por la heterogeneidad de la estructura social, donde existe gran diversidad de técnicas y productividades. Se trata pues de un fenómeno estructural; pero en su captación el instrumento monetario desempeña un papel primordial.

El instrumento monetario dista mucho de ser neutral. Y no sólo permite que los estratos superiores se apropien del excedente, sino que constituye también un elemento de defensa del excedente. Es un grave error teórico, y también práctico, considerar la moneda con independencia del proceso productivo al cual el instrumento monetario está estrechamente ligado.

He mencionado más arriba las relaciones de poder. El desenvolvimiento del poder redistributivo de la fuerza de trabajo y del Estado acompaña al proceso de democratización conforme éste avanza y va venciendo los obstáculos que se le oponen. Esta es una de las consecuencias importantes de las mutaciones de la estructura societal que acontecen a medida que la técnica penetra en ella.

La pugna distributiva se empeña en corregir la desigualdad social, y consigue hacerlo hasta cierto límite compatible con el crecimiento del excedente, gracias a sucesivos incrementos de productividad. Más allá de ese límite crítico se compromete la dinámica del excedente.

Alcanzando este límite desempeña su papel de defensa el instrumento monetario. La incompatibilidad entre aquellas diferentes formas de consumo, a las que antes me he referido, y la acumulación se manifiesta en el alza de los precios. Gracias al instrumento monetario es posible contrarrestar esa alza mediante una restricción crediticia que traiga consigo el receso o la contracción de la actividad económica con la consiguiente desocupación. Y la desocupación provoca el descenso de las remuneraciones *toda vez que sea débil o no exista el poder redistributivo de la fuerza de trabajo y su aptitud para resarcirse del peso de gravámenes que recaen sobre sus espaldas*.

La fuerza de trabajo tiene así que retroceder en su empeño redistributivo a la vez que no se reducen los gastos del Estado y que los estratos superiores, valiéndose de su poder político, escapan al esfuerzo tributario.

Hay pues una condición indispensable para que el instrumento monetario pueda defender con eficacia al excedente y, por tanto, a la acumulación y al consumo privilegiado de los estratos superiores; a saber, la inexistencia o debilidad del poder sindical y político de la fuerza de trabajo. Pero cuando este poder adquiere vigor en el curso de las mutaciones estructurales, la fuerza de trabajo, sobre todo en los estratos intermedios, resiste la rebaja de las remuneraciones. Y entonces la restricción crediticia trae aparejado el receso o la contracción de la economía, con la consiguiente desocupación, mientras las empresas trasladan a los precios las mayores remuneraciones de la fuerza de trabajo que permanece ocupada. *Coexisten así la espiral inflacionaria y el desempleo*. Pero tarde o temprano la intensidad de estos fenómenos y las consecuencias adversas que provocan sobre las mismas empresas y sobre el Estado, obligan a la autoridad monetaria a relajar el crédito para alentar la economía. Sobreviene así un nuevo impulso que tiende a acelerar la inflación. *El instrumento monetario resulta impotente; se ha vuelto obsoleto en el curso avanzado de las muta-*

ciones estructurales y el adelanto del proceso de democratización.

Nuestra periferia latinoamericana no se caracteriza por la solidez de sus instituciones democráticas. Y cuando alcanza gran vigor el poder redistributivo y el desempleo no puede domeñarlo, se abre paso la idea de hacerlo mediante el poder militar del Estado; se logra así restablecer la dinámica del excedente y el consumo privilegiado. También sería posible elevar el ritmo de acumulación a expensas de tal consumo, pero no hay resorte espontáneo alguno que permita hacerlo. Sería necesario tomar medidas deliberadas que compriman el consumo privilegiado, lo cual no se concilia fácilmente con la euforia que suele prevalecer en los grupos dominantes cuando se acude al uso del poder militar.

Es ingente el costo social y político del restablecimiento del excedente. Y si con el andar del tiempo se recupera el proceso de democratización, se corre el riesgo de un nuevo ciclo inflacionario si no se ataca a fondo el régimen de apropiación y distribución del fruto del progreso técnico. *Sería un tremendo error pretender la vuelta al pasado sin esa transformación.*

Que es lo que me he propuesto demostrar. Ni la vuelta al pasado de los últimos decenios, ni la vuelta al pasado remoto. Porque quienes creen que el neoclasicismo es una gran innovación teórica, parecerían no advertir que ha dominado plenamente en las épocas de crecimiento hacia afuera de la periferia, antes de la gran depresión mundial de los años treinta.

En este trabajo nos hemos basado en otros anteriores publicados en esta misma *Revista* como así en *Capitalismo Periférico*,¹ libro que los sistematiza y condensa. Al escribir ahora me han sido muy útiles las críticas y sugerencias recibidas y mi propio esclarecimiento de ideas anteriores. Debo citar asimismo dos trabajos posteriores a ese libro, a saber, "La crisis inflacionaria del capitalismo", publicado en *El Timestre Económico*, México, Vol. XLIX N.º 193, enero-marzo de 1982, y una reciente monografía *Teoría y práctica de la ortodoxia*, presentada al seminario internacional "Las políticas económicas y las perspectivas democráticas de América Latina en los años 80", organizado por el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), realizado en Quito, Ecuador, en abril de 1982.

I

El instrumento monetario en la apropiación y defensa del excedente

1. *Papel del instrumento monetario en la desigualdad social*

El instrumento monetario desempeña un doble papel estrechamente vinculado a la estructura societal y sus mutaciones. Ante todo, tiene que crear el dinero suficiente para que la demanda global acompañe a la oferta global de bienes finales, acrecentada a la vez por el aumento del empleo y el incremento de la productividad. Gracias a ello esta última es captada a través de las empresas en forma de excedente por los propietarios de los medios productivos, sin que desciendan los precios. El instrumento monetario *cumple así su papel de sustento de la desigualdad social.*

Este instrumento monetario tiene asimismo

que defender al excedente de la pugna distributiva, de tal suerte que su acrecentamiento permita acumular más capital y al mismo tiempo elevar el consumo privilegiado de los estratos superiores. Es pues el instrumento que pone un límite a la redistribución del fruto del progreso técnico, o sea a la progresiva corrección de las desigualdades estructurales. Vamos a examinar primero el papel del instrumento monetario en la apropiación de este fruto.

2. *La apropiación del excedente*

Para comprenderlo, conviene responder a este

¹*Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, México, Fondo de Cultura Económica, 1981.

simple planteamiento. Si en el curso del proceso productivo las remuneraciones de la fuerza de trabajo sólo suben en *parte* con el incremento de productividad, pues una parte importante es apropiada en forma de excedente por los propietarios de los medios productivos: ¿cómo se explica que la demanda global proveniente de esos ingresos de la fuerza de trabajo pueda absorber *todo el incremento de productividad* que acrecienta la oferta global de bienes finales?

La respuesta también es muy simple. Si la demanda proviniera de los ingresos pagados para obtener la correspondiente oferta, ella sería insuficiente para absorber esta última y los precios descenderían en la medida en que asciende la productividad. Esto ocurriría *si la producción fuera estacionaria*; pero no es así en la dinámica del desarrollo, porque *los ingresos de donde surge la demanda no salen de la oferta presente sino de una mayor oferta en proceso* de donde provendrán después de cierto tiempo los correspondientes bienes finales. *El crecimiento de la demanda se anticipa de este modo a la oferta futura dirigiéndose a la oferta presente* y absorbiendo así en forma de excedente el incremento de productividad.

Para comprender este fenómeno hay que tener en cuenta *el tiempo que dura el proceso productivo*. Transcurre cierto tiempo desde la producción primaria hasta la salida de los bienes finales. En todas las etapas de este proceso las empresas pagan ingresos a la fuerza de trabajo, de donde surge la demanda global. Pero estos ingresos no esperan para gastarse a que al cabo de cierto tiempo salgan los bienes finales correspondientes, sino que se transforman en demanda de bienes que ya existen en el mercado y cuyo proceso productivo comenzó tiempo atrás.²

Si nos detenemos en un determinado período en el curso creciente de la producción, la demanda de bienes finales proviene de los ingresos que durante el mismo período se pagan a la fuerza de trabajo en las distintas etapas de los procesos productivos que están en curso en tal período. Ahora bien, esos ingresos que así pa-

gan las empresas son mayores que los ingresos que se han pagado antes para obtener la oferta que en el período considerado aflora en el mercado. La demanda presente supera así a la demanda que se habría registrado si de la demanda presente surgieran los ingresos pagados anteriormente para obtener tal oferta. Ello es indispensable para que pueda absorberse, sin que bajen los precios, el incremento de productividad contenido en dicha oferta final más el crecimiento de la producción proveniente del mayor empleo.

Si la demanda resulta suficiente para absorber toda la oferta sin que bajen los precios, ello es la señal del mercado para que continúe aumentando la producción. Se transmite esta señal hacia atrás en todas las etapas de los procesos en marcha. Así, las empresas que han vendido más bienes finales que antes, aumentan la demanda de bienes en proceso producidos por las empresas de la etapa precedente; y éstas, a su vez, acrecientan la demanda de bienes de la etapa anterior, hasta llegar a la etapa de los bienes primarios.

Esta demanda entre las empresas, que así se va remontando hacia atrás, provoca el surgimiento de excedentes parciales en el curso del proceso productivo. No se espera pues, que surja el excedente global cuando salen al mercado los bienes finales, como si una sola empresa abarcara todos los procesos productivos; por el contrario, el excedente va surgiendo también *anticipadamente* en las diferentes etapas.

Para pagar ingresos crecientes correspondientes al mayor empleo de la fuerza de trabajo y al incremento de excedentes parciales, las empresas requieren aumentar en forma correspondiente su disponibilidad de dinero acudiendo al sistema bancario. El dinero que así pagan vuelve a ellas al venderse los bienes en las distintas etapas hasta llegar a los bienes finales. De esta manera las empresas obtienen de cada etapa el correspondiente excedente y recuperan el dinero que antes habían pagado a la fuerza de trabajo. Y estos fondos así recuperados, más una creación adicional de dinero, les permite seguir acrecentando la producción en curso.

Prosigamos nuestro razonamiento por sucesivas aproximaciones. No todo el dinero empleado por las empresas se transforma inmedia-

²La famosa ley de Say nos decía que la oferta crea su propia demanda. Si nos expresáramos en el mismo lenguaje, diríamos que *la oferta de hoy no crea su propia demanda, sino que esta demanda se crea por la oferta que está en proceso* y de donde saldrán después bienes finales.

tamente en demanda de bienes finales; una parte se dirige a la demanda de servicios, los que absorben pues una fracción más o menos grande del dinero creado para acrecentar la producción en proceso, y *este dinero retorna gradualmente a las empresas en demanda de bienes finales*.

Reflexiónese sobre el carácter de esta demanda que se desvía a los servicios. Significa que una parte del dinero correspondiente a los ingresos que pagan las empresas y los excedentes parciales que obtienen, deja de gastarse momentáneamente en bienes para dedicarse a la demanda de servicios. Toda formación de capital requiere un ahorro correspondiente; pues bien, la producción en proceso que tiene que aumentar para que crezca la oferta de bienes finales, *representa el capital circulante o capital de trabajo de las empresas y está cubierto de esa manera con aquel ahorro transitorio, que no debe confundirse con el ahorro requerido por la acumulación de capital fijo*.

Antes de terminar conviene recordar en pocas palabras el mecanismo que permite a la autoridad monetaria cumplir su función reguladora de estabilización de precios. Se guía por síntomas. Si la creación de dinero es excesiva en relación al acrecentamiento de la oferta debido al incremento del empleo y el incremento de productividad, tenderán a subir los precios con el consiguiente desequilibrio exterior. Y éste frenará la expansión de dinero hasta conseguir un nuevo equilibrio, toda vez que la autoridad monetaria no contrarreste dicha expansión. Uno de los factores más importantes en el alza de precios es el aumento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo, cuyo significado pasamos a considerar en seguida.

Para simplificar nuestra explicación no habíamos introducido aún este factor. Lo haremos ahora para examinar el otro papel importante del instrumento monetario. Porque, como hemos dicho, además de ser instrumento de apropiación es instrumento de defensa del excedente ante los embates de la pugna distributiva.

3. La defensa del excedente

Vamos a introducir ahora la *noción de ritmo* a fin de esclarecer nuestro razonamiento.

Para que el sistema funcione regularmente es necesario que el ritmo de crecimiento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo guarde estrecha relación con el ritmo de incremento de la productividad.

El ritmo de las remuneraciones se eleva, ya sea cuando la fuerza de trabajo se empeña en aumentar su compartimiento del incremento de productividad a expensas del crecimiento del excedente, ya sea cuando se resarce, mediante el aumento de remuneraciones, de una elevación de precios resultante de mayores gravámenes del Estado que recaen en una u otra forma sobre ella. También trata de resarcirse de otros aumentos de precios tales como los provenientes de las importaciones o de la inelasticidad de la oferta interna de ciertos bienes, esto es, de factores que no se originan en la pugna distributiva.

Como quiera que fuere, es preciso establecer una clara distinción entre la presión de compartimiento y la de resarcimiento para comprender *el sesgo del sistema en favor de los estratos superiores gracias al instrumento monetario de defensa*.

Pues bien, cuando aumenta el ritmo de las remuneraciones, cualquiera que sea la forma en que ello ocurre, más allá del ritmo de productividad, las empresas requerirán que se eleve el ritmo de creación de dinero para abonar las mayores remuneraciones.

Si logran esta mayor cuantía de dinero, los aumentos de remuneraciones se trasladarán inevitablemente a los precios en la medida en que se hubiese sobrepasado el ritmo de aumento de la productividad.

Trátase pues de un aumento inflacionario de los precios que la autoridad monetaria se empeñará en corregir toda vez que cumpla su función estabilizadora. He aquí el papel del instrumento monetario. Su eficacia correctiva depende de la flexibilidad de las remuneraciones. *Dada la índole del sistema*, éstas tienen que retroceder deshaciendo el camino andado; lo harán o no según sea el vigor del poder sindical y político de la fuerza de trabajo.

En uno y otro caso podríamos explicar esquemáticamente este fenómeno en la siguiente forma. Ocurrida el alza de los precios, si la autoridad monetaria se niega a seguir otorgando dinero adicional para continuar pagando las

mayores remuneraciones, las empresas, en tanto no puedan forzar directamente la baja de aquéllas, se ven llevadas a utilizar parte de la corriente de dinero de que disponían antes del aumento de remuneraciones en pagar este aumento. Debido a ello no dispondrán de dinero suficiente para proseguir elevando el empleo y continuar el acrecentamiento de la producción en curso.

La medida en que se resiente de esta manera el ritmo de crecimiento del empleo dependerá de la intensidad de la política monetaria restrictiva. Tal es el efecto directo sobre la ocupación y la oferta futura. Pero ocurre, además, una consecuencia inmediata sobre la demanda global de bienes terminados. En efecto, al disminuir el flujo de dinero que se destina a la producción en proceso, el ritmo de la demanda global resulta insuficiente para hacer frente al ritmo con que venía creciendo la oferta de bienes finales. Y esta insuficiencia de la demanda se trasmite hacia atrás en las diferentes etapas del proceso productivo. La restricción inicial de la creación de dinero provoca, de esta manera, el receso de la actividad productiva con el consiguiente desempleo. Y este desempleo permite a las empresas hacer retroceder las remuneraciones si es débil o inexistente el poder sindical y político de la fuerza de trabajo.

Tal es el costo social del restablecimiento de la dinámica del excedente gracias al instrumento monetario.

Es cierto que el excedente global también se comprime a medida que la demanda entre las empresas de las diferentes etapas del proceso va trayendo consigo el descenso de los excedentes parciales. Pero éste es un fenómeno transitorio puesto que al reactivarse después la economía esos excedentes parciales vuelven a elevarse toda vez que la fuerza de trabajo no disponga de poder para aumentar nuevamente las remuneraciones o que las empresas se nieguen a hacerlo ante la amenaza de una firme actitud estabilizadora de la autoridad monetaria.

Para los economistas neoclásicos este reajuste de las remuneraciones constituye una de las grandes virtudes del sistema, como que, según ellos, la presión sindical y política de la fuerza de trabajo representa una interferencia arbitraria en las leyes del mercado.

Lo sería, en verdad, si bajo el imperio de estas leyes el fruto del progreso técnico se difundiera socialmente mediante el descenso de los precios como aquéllos suponen. Bien sabemos, sin embargo, que no funciona así el sistema, por cuanto sólo una parte de ese fruto se transmite a la fuerza de trabajo; otra parte, más o menos grande, queda retenida en forma de excedente por parte de los propietarios de los medios productivos.

De ahí la inequidad social de las así llamadas virtudes del sistema. Tiene que comprimirse el consumo de la fuerza de trabajo para que se restablezca el excedente, y no sólo la acumulación sino también el consumo privilegiado de los estratos sociales favorecidos.

Es cierto que el crecimiento de la acumulación es una exigencia inevitable —cualquiera que fuere el sistema— para acrecentar el empleo con creciente productividad. Sin embargo, en el capitalismo periférico preséntase una gran asimetría. En efecto, *si se impone la contención del consumo de la fuerza de trabajo para que se cumpla esta exigencia dinámica, no es menos cierto que no hay en el sistema cómo contener el consumo privilegiado de los estratos favorecidos*. Por el contrario, la imitación cada vez mayor de las formas de consumo de los centros se cumple en claro detrimento del vigor del desarrollo. Y nada hay en el sistema que imponga la compresión de este consumo privilegiado para favorecer la acumulación. Pero sí tiene que comprimirse el consumo de la fuerza de trabajo, mediante el instrumento monetario, cuando amenaza al consumo privilegiado.

Pero no solamente en esto se manifiesta el *sesgo regresivo del sistema*. Ya dijimos que el aumento de remuneraciones, además de responder al empeño de la fuerza de trabajo por compartir el fruto del progreso técnico, se explica también por el afán de resarcirse del efecto desfavorable de aumentos de precios que provienen de gravámenes del Estado o de factores externos o internos ajenos a la pugna distributiva. Pues bien, esta acción de resarcimiento mediante la elevación de las remuneraciones también está sujeta, como en el caso anterior, a la política restrictiva de la autoridad monetaria; y cuando se emplea en esta forma el instrumento de que ella dispone y provoca la desocupación, las remuneraciones tienen que retroceder, no

sólo en lo que hubiesen avanzado genuinamente, sino de cuanto pudieron resarcirse antes del efecto de esos otros aumentos de precios. De suerte que, en última instancia, estos aumentos no vuelneran el consumo privilegiado sino el consumo de la fuerza de trabajo. Tal es la virtud del reajuste que el instrumento monetario trae consigo: *virtud para unos, franca inequidad social para otros*.

Hemos hablado de la eficacia del instrumento monetario cuando no existe o es muy débil el poder redistributivo de la fuerza de trabajo. Ello es así en aquellas fases de las mutaciones estructurales cuando el proceso de democratización es incipiente o está manipulado en una u otra forma por los grupos dominantes. Pero cuando avanza este proceso y adquiere vigor el poder sindical y político, el instrumento monetario se vuelve impotente para frenar el poder redistributivo.

¿Cómo reacciona entonces el sistema frente a un aumento del ritmo de las remuneraciones más allá del ritmo de productividad? La reacción inicial es igual a la señalada en el caso anterior: la política restrictiva de la autoridad monetaria obliga a las empresas a desviar hacia el pago de mayores remuneraciones una parte de la corriente monetaria, con el consiguiente descenso en el ritmo de la producción en proceso. Sobreviene pues la desocupación. Pero, contrariamente a lo que ocurre en aquel otro caso, la fuerza de trabajo no acepta retroceder en sus remuneraciones y las empresas trasladan los aumentos a los precios gracias al desvío de la corriente monetaria en desmedro de la producción en proceso. Y como es vigoroso el poder redistributivo, a la suba de precios sigue un nuevo aumento compensador de remuneraciones, si bien de efectos momentáneos, con la consabida espiral.

Ahora bien, si la autoridad monetaria continúa empeñada en una política restrictiva, *las empresas tendrán que acentuar el desvío de dinero hacia el acrecentamiento inflacionario de las remuneraciones*. Y de esta manera se privará a la producción en curso del dinero necesario para su acrecentamiento con el ritmo precedente. Si prosigue la presión de la fuerza de trabajo ocupada sin que la autoridad monetaria atenúe o cambie su política restrictiva, el receso se transformará entonces en contracción activa. Y en-

tonces aparece *el doble fenómeno de inflación y desocupación que no se daba en fases anteriores de la evolución estructural*. El instrumento monetario no sólo se ha vuelto impotente sino que su ejercicio resulta *contraproducente*. En efecto, además de la pérdida más o menos grande que sufre debido al desempleo, el excedente fluctúa continuamente: crece al subir los precios, y decrece cuando ascienden las remuneraciones en una nueva vuelta de la espiral.

¿Hay alguna salida posible de esta crisis inflacionaria a la que conduce la misma *lógica interna del sistema*? Los economistas neoclásicos que profesan la fe monetarista aconsejan persistir en la política restrictiva hasta que la fuerza de trabajo se resigne a aceptar la reducción de sus remuneraciones reales, no insistiendo en resarcirse en todo o en parte del alza de los precios. Es posible que el riesgo de que se extienda el desempleo a quienes todavía están ocupados termine convirtiéndose en un factor de flexibilidad en las negociaciones de salarios.

En verdad, cuando la inflación se vuelve aguda y la desocupación se torna intensa, la fuerza de trabajo suele estar más dispuesta a considerar pactos sociales. Pero ello, aparte de ciertos inconvenientes, tiene un carácter transitorio, pues cuando se reactiva la economía y aumenta la ocupación surge nuevamente la presión redistributiva. Y de este modo el sistema queda expuesto a un nuevo ciclo de espiral inflacionaria y desempleo. No creo que haya forma de evitarlo, salvo mediante un nuevo régimen de apropiación y redistribución del fruto del progreso técnico, ajeno, por supuesto, a los principios neoclásicos.

No es extraño, entonces, que algunos adeptos de este pensamiento discurren ahora acerca de la conveniencia de mantener siempre un nivel mínimo de desempleo, a manera de espada de Damocles, a fin de contener el alza de los salarios durante la reactivación de la economía. ¿Se dirá entonces que este desperdicio de factores productivos significa su óptima asignación según aquellos principios? Muy lejos de ello, pues disminuye el potencial de acumulación en claro desmedro de la absorción de la fuerza de trabajo de los estratos inferiores y del incremento general de productividad en toda la economía.

Antes de pasar al punto siguiente conviene

detenerse un momento en un aspecto que no carece de importancia. Explicamos ya que los trastornos del sistema ocurren cuando el ritmo de las remuneraciones va más allá del ritmo de la productividad. Este último depende, por un lado, de la acumulación de capital reproductivo y, por otro, de las calificaciones crecientes que la penetración de la técnica exige de la fuerza de trabajo. Así pues, en el desarrollo capitalista, manifiéstase una clara tendencia al mejoramiento de la productividad en virtud del ascenso del ritmo de calificaciones de la fuerza de trabajo aunque no hubiera subido el ritmo de acumulación de capital reproductivo. En la medida en que ello ocurre y el ritmo de las remuneraciones no desentone con el de la productividad, el sistema funciona regularmente. Y las remuneraciones, así como el excedente, se desensuelven sin trastornos de origen redistributivo.

Esta observación es importante, pues sin ese aumento del ritmo de productividad (así como el proveniente de un mayor ritmo de acumulación reproductiva) no podría explicarse el mejoramiento efectivo y persistente del nivel de vida de la fuerza de trabajo en el curso del desarrollo.

Otra observación significativa: nos hemos referido a los gastos sociales del Estado (consumo social). Es indudable que ellos han contribuido al aumento de la eficacia de la fuerza de trabajo. Asimismo, las inversiones del estado en infraestructura han formado parte del capital reproductivo y, por tanto, han participado efectivamente junto con la acumulación de las empresas, en la multiplicación del empleo y la productividad.

Hay otro aspecto que también conviene mencionar. Recuérdese que el excedente es un fenómeno que se deriva de la heterogeneidad estructural. Cuando la acumulación de capital es muy activa también lo es la transferencia de trabajadores de capas técnicas de productividad relativamente baja a otras de creciente productividad. Se debilita así aquel fenómeno de competencia regresiva, y por tanto la aptitud para apropiarse del excedente. Tienden a subir de esta suerte las remuneraciones más que la productividad, independientemente del ejercicio del poder redistributivo. Y por más que la autoridad monetaria trate de contener este me-

joramiento de remuneraciones mediante el consabido instrumento, el reajuste del sistema no podrá hacerlo retroceder, pues se trata de un mejoramiento estructural. Y la reactivación tendrá que reconocer este hecho y la consiguiente elevación de los precios. Sólo que, dada su índole, este fenómeno ocurre más bien lentamente y el sistema se va adaptando a él. De todos modos, ello influye adversamente sobre el ritmo del excedente, la capacidad de acumulación y el ritmo de crecimiento del empleo. Y de esta manera el sistema pone un freno espontáneo a la corrección de la competencia regresiva. Tenemos aquí otra prueba más de que la dinámica del sistema se basa en última instancia sobre la desigualdad social.

4. *El empleo del poder militar*

No voy a incurrir en el dislate de sostener que el empleo del poder militar del Estado para contener el aumento inflacionario de remuneraciones es una consecuencia de la prédica neoclásica. Trátase de un fenómeno político complejo que, si bien se explica por los trastornos cada vez mayores que acompañan a la crisis inflacionaria del sistema, obedece también a otros factores que se han dado en el desarrollo histórico de la periferia de tiempo atrás, antes que se desplegase el poder redistributivo, así de la fuerza de trabajo como del Estado.

No cabe duda, sin embargo, que ciertos economistas neoclásicos reciben con beneplácito la intervención del poder militar a fin de domeñar el poder sindical y político de la fuerza de trabajo y corregir su violación de las leyes del mercado.

¿Cómo se conjura entonces la continuación de la espiral que no había podido contenerse con el instrumento monetario? Pues sencillamente sojuzgando el poder de la fuerza de trabajo, para aplicar la consabida fórmula en materia de remuneraciones: evitar su aumento en la espiral mientras se dejan libres los precios para que éstos encuentren 'su propio nivel'.

El excedente, libre de interferencias, recupera su crecimiento. He sostenido más de una vez que el restablecimiento del excedente ofrece la posibilidad de elevar el ritmo de acumulación reproductiva por sobre el nivel que antes tenía. Pero para ello sería indispensable conte-

ner el desenvolvimiento del consumo privilegiado de los estratos favorecidos. No hay en el sistema ningún resorte espontáneo que consiga este efecto positivo; por el contrario, hemos visto con frecuencia surgir una verdadera euforia en el consumo, que tiende a contaminar a una parte de los estratos intermedios que suelen apoyar al poder militar.

Otro hecho muy significativo es la continuación de la inflación a pesar de haberse congelado las remuneraciones de la mayor parte de la fuerza de trabajo. Ello se debe tanto a la perduración o surgimiento de formas tradicionales de inflación, sobre todo la de origen fiscal.

Otra de las vehementes aspiraciones neoclásicas es el desmantelamiento del Estado a fin de darle un carácter subsidiario o prescindente. Ello, sin embargo, no suele tener el éxito que aquellos esperaban. Cuando se reducen algunos gastos, sobre todo sociales, es para aumentar otros vinculados generalmente al nuevo régimen político. El Estado escapa así a una de las recomendaciones primordiales de la ortodoxia fiscal, como también a la de aumentar los impuestos para enjugar el déficit. Medida esta última que puede resultar eficaz cuando se elimina el poder de rescaramiento de la fuerza de trabajo. El impuesto dejaría de ser inflacionario aun cuando recayera sobre la fuerza de trabajo; en cuanto a posibles gravámenes sobre los estratos superiores, el fortalecimiento de su poder político les pone a buen recaudo.

De esta manera, no es extraño que se desenvuelva la inflación de origen fiscal. En verdad es una inflación tolerable para los grupos dominantes siempre que no vulnere la dinámica del excedente. Al contrario ella acrecienta, inflacionariamente, el excedente y ofrece así margen para que se reajusten las remuneraciones siempre que el excedente genuino pueda seguir creciendo. De todos modos estos reajustes significan un cierto alivio psicológico para la fuerza de trabajo que ha sufrido ya la compresión de sus remuneraciones.

Las consecuencias de la inflación de origen fiscal terminan pues recayendo sobre la fuerza de trabajo, en detrimento de su consumo y no sobre el consumo de los estratos favorecidos. Es por lo tanto compatible con la dinámica del sistema.

Lo mismo podríamos decir de la inflación de origen exterior así como la que proviene de factores internos ajenos a la pugna distributiva, como quedó expresado en otro lugar. Los efectos recaen también sobre la fuerza de trabajo y no sobre el excedente, en la medida en que no se permita el aumento compensador de las remuneraciones.

A esta altura de nuestra exposición cabría preguntarse si dentro del sistema no habría otra forma de eliminar la inflación originada por el déficit del Estado como no sea la ortodoxia fiscal. Esa forma no es, por cierto, la ortodoxia monetaria. Esta no podría sustituir válidamente a la primera, como no es posible neutralizar la creación de dinero de origen fiscal con una restricción de dinero a la actividad privada. Tendría cierto sentido esta opinión entre quienes consideran que la inflación se corrige controlando simplemente la cantidad de moneda. Sin embargo, aunque parezca paradójico, la inflación fiscal, lejos de requerir menos cantidad de dinero para la actividad privada, exige una mayor creación que antes.

Baste este sencillo razonamiento para persuadirse. En efecto, la inflación fiscal hace subir primero los precios y acrecienta en forma inflacionaria el excedente en la etapa de los bienes finales. Y este fenómeno se remonta hacia atrás en todas las etapas del proceso productivo, acrecentando en forma inflacionaria los excedentes parciales, de tal suerte que las empresas necesitan más dinero que antes para su capital circulante. Si la autoridad monetaria se niega a concederlo, sobrevendrá inevitablemente un receso o una contracción, según sea la intensidad de la restricción crediticia, de la misma manera que antes hemos explicado al considerar la presión redistributiva. Por supuesto que estas consecuencias adversas tienden a aumentar la magnitud del déficit fiscal.

Suele haber, sin embargo, otras razones para recurrir a la restricción del crédito. Para contener el efecto inflacionario del déficit se recomienda también acudir al ahorro del público; y esta demanda adicional de ahorro hace elevar las tasas de interés en el mercado financiero. ¿Por qué elevar entonces el interés del dinero bancario? Por una razón muy sencilla. Sin esta última elevación se correría el riesgo de que una parte del dinero creado para respon-

der al crecimiento de la producción en curso se desvíe hacia el sector público (o hacia el exterior), de tal manera que una parte del déficit fiscal vendría a cubrirse con dinero bancario en vez de ahorro. De ahí la necesidad de elevar las tasas de interés bancario confundiéndolas con las de ahorro genuino. Para lograr este propósito se impone restringir el crédito a las empresas en desmedro del crecimiento de la producción en proceso, esto es, a costas del receso o la contracción de la economía con el correspondiente desempleo y la disminución del ahorro, según fuese la intensidad de la política restrictiva.

No caben dudas de que con esta política podría lograrse contener la inflación, pero incurriendo ahora en un costo económico y social que puede llegar a ser considerable.

Conviene hacer una clara distinción entre este caso y aquel otro en que el desempleo no logra contener la espiral inflacionaria cuando el vigor del poder sindical y político de la fuerza de trabajo impide comprimir las remuneraciones.

En experiencias recientes de inflación de origen fiscal se presentan ciertas consecuencias impresionantes. Como el ahorro interno no resulta suficiente para colmar el déficit fiscal, se acude al dinero externo. Y para que resulte atrayente este procedimiento, se elevan al extremo las tasas de interés bancario mediante la restricción crediticia.

En torno a este singular procedimiento se forma una nueva constelación de grupos financieros que apoyan entusiastamente la política restrictiva, de tal manera que esa desmesurada elevación de las tasas se traduce en cuantiosos márgenes de ganancia para los afortunados operadores.

Pero no es eso solamente. Cuando se acude al ahorro interno genuino es posible contener la inflación de origen fiscal mediante un desplazamiento del consumo: se reduce la demanda y el consumo de quienes ahorran en favor de

la demanda y el consumo del Estado (o de quienes trabajan en sus inversiones). Y por el contrario, cuando se recurre a fondos extranjeros no hay tal compensación de la demanda y el consumo. Estos fondos tienen un efecto inflacionario parecido al que se registra cuando se recurre a la expansión interna de dinero para enjugar el déficit. Hay, en efecto, un *aumento inflacionario de la demanda*. Pero en este caso el desequilibrio exterior provocado por este aumento se cubre con los fondos extranjeros que habían afluido al país.

Más aún, a esta consecuencia inflacionaria se agrega otra. Las empresas tratan de trasladar a los precios las tasas desmesuradas de interés, lo cual tiende a agravar el efecto de aquella demanda inflacionaria. Y si la fuerza de trabajo no puede ejercitar su poder de resarcimiento en virtud del poder militar, las altas tasas de interés terminarán recayendo sobre su desmedrado consumo.

Por cierto que, en rigor, no cabría atribuir esta manipulación del sistema a las teorías neoclásicas. Se trata en verdad de una manipulación de estas teorías. Pero tampoco es la única. A la señalada se agrega otra: la de atemperar la demanda inflacionaria provocada por los fondos externos (u otros factores), mediante la rebaja de aranceles a fin de frenar el alza de los precios en nombre de las teorías neoclásicas. Y como esto no es suficiente se recurre a la sobrevaluación de la moneda impidiendo que el tipo de cambio se ajuste a la elevación interna de los precios.

Las consecuencias de esta manipulación son harto conocidas para que nos detengamos a examinarlas. La sobrevaluación alienta las importaciones (ya estimuladas por la rebaja de aranceles) y desalienta las exportaciones. Pero no se preocupan de ello los grupos favorecidos, pues el déficit resultante en el balance de pagos se cubre con nuevos créditos exteriores dando nuevo impulso a la bonanza financiera.

II

Teorías, gravitación de intereses y aberraciones de la praxis

1. Las teorías neoclásicas y la periferia

¿Por qué las teorías neoclásicas y su derivación monetarista han probado no poder explicar la realidad del desarrollo periférico? ¿Por qué resultan contraproducentes cuando sus recomendaciones se enfrentan con los hechos?

Son teorías que ignoran la estructura de la sociedad.

Desconocen pues la perduración del excedente, fenómeno estructural de apropiación del fruto del progreso técnico, que es donde radica el origen mismo de la desigualdad social.

Ignoran también esas teorías el papel primordial del instrumento monetario que permite la captación del excedente por parte de los propietarios de los medios productivos. Conviene por tanto resumir lo antes explicado.

Esta captación del excedente invalida por completo los razonamientos neoclásicos acerca de la difusión social de aquel fruto de la creciente productividad del sistema.

Esos razonamientos llevan a los economistas neoclásicos a abominar el poder sindical de la fuerza de trabajo, puesto que este poder interfiere en las leyes del mercado y contraría la tendencia espontánea del sistema hacia el equilibrio distributivo (parte integrante del equilibrio general).

De ahí la conclusión lógica sobre la que se sustenta el monetarismo. Su virtud está, precisamente, en provocar la contracción de la economía hasta que el desempleo permita domar el poder sindical y forzarlo a la baja de las remuneraciones. Sólo que tampoco se llega así al equilibrio distributivo, puesto que el descenso de las remuneraciones permite restablecer plenamente el excedente y su dinámica, esto es la desigualdad fundamental del sistema.

Sin embargo, cuando la fuerza de trabajo ha adquirido gran poder sindical y político, el instrumento monetario de defensa del excedente se vuelve obsoleto: pierde su eficacia. Y

aun en el caso en que aquella terminase por ceder, se trataría de un hecho transitorio, antes que de una corrección definitiva.

Más aún, de acuerdo con esta tesis las remuneraciones tienen que retroceder no sólo por haber avanzado más allá de lo que exigía el presunto equilibrio, sino también para que el excedente recupere lo que había perdido por el crecimiento exagerado del Estado. De ahí la necesidad de desmantelarlo, comenzando por los servicios sociales.

¿Cómo podría pensarse que la fuerza de trabajo, cuando ha adquirido conciencia y poder, acepte resignadamente la imposición del instrumento monetario?

El problema se torna entonces insoluble y el sistema termina en una inflación social que tiende a volverse inherente al mismo.

Insoluble dado el régimen de apropiación del fruto del progreso técnico y la dinámica de la acumulación. Este es el gran problema que tendrá que resolver tarde o temprano la periferia. Y también los centros...

Cualquiera que haya sido el grado de pureza de las teorías primigenias —y creo que fue muy alto— la función posterior de estas teorías ha consistido en sustentar al capitalismo periférico con sus tendencias excluyentes y conflictivas; y para ello se dispone, entre otros, del instrumento monetario. Instrumento que sirve, primero, para captar el excedente y, después, para defenderlo de la fuerza de trabajo y del Estado; y que consagra el sesgo del sistema en favor de los estratos superiores, hasta que se vuelve obsoleto.

Esas teorías responden pues a los intereses dominantes en el sistema. Y no sólo en el desarrollo interno sino en las relaciones centro-periferia. Me refiero en este caso a los intereses dominantes que caracterizan la hegemonía de los centros sobre la periferia.

En la época anterior a la crisis mundial de los años treinta fue muy grande la gravitación del esquema pretérito de la división interna-

cional del trabajo, bajo cuyo imperio la periferia permaneció al margen del proceso de industrialización, ella era apendicular a los centros.

Cuando creíamos que este esquema estaba ya definitivamente superado, ha reaparecido inesperadamente bajo la forma del así llamado 'aperturismo'.

El aperturismo no suele renegar en forma franca y manifiesta de la industrialización de la periferia, pero sostiene que tiene que ser espontánea, sin protección ni subsidios. Reconocen, sin embargo, los actuales adeptos de este retoño del neoclasicismo que los costos de la industrialización periférica son elevados frente a la superioridad técnica y económica de los centros. Pero de todos modos no hay que interferir en las leyes del mercado con aquellos expedientes arbitrarios. Si los costos son más elevados, hay que reducirlos. Y el medio más expeditivo consiste, según ellos, en reducir las remuneraciones en la medida necesaria para que la industria se torne competitiva.

No cabe duda que aquel pretérito esquema de la división internacional del trabajo respondía cabalmente a los intereses de los centros. No les interesaba, en verdad, la industrialización de la periferia. En este sentido solía afirmarse que la solución del desarrollo no estaba allí sino en la tecnificación de la producción primaria para bajar los costos y competir mejor en el mercado internacional.

Cuando la periferia, después de la gran depresión mundial, comenzó a pensar en estos fenómenos con criterio independiente, no tardó en reaccionar contra esta tesis de los centros. No es que negara la necesidad de introducir el progreso técnico en las actividades primarias, pero sostuvo que ello no podría hacerse fuera del contexto del desarrollo sin graves consecuencias. En efecto, si aumentaba la productividad en esas actividades y no se absorbía la fuerza de trabajo que de este modo quedaba redundante, el fruto del progreso técnico se transferiría a los centros mediante el deterioro de la relación de precios.

Tal fue uno de los justificativos teóricos de la industrialización: contribuir al empleo con creciente productividad de la fuerza de trabajo redundante. Industrialización y progreso técnico de las actividades primarias eran, pues, partes integrantes y complementarias de una polí-

tica de desarrollo. ¡Nada más opuesto a la tesis de hacer bajar los salarios para industrializarse!

Ya en marcha la industrialización periférica, los centros resolvieron aprovecharla. Se nos dijo que las empresas transnacionales traerían consigo la vigorosa modernización de la industria; había pues que abrirles de par en par las puertas. Ya no se trataba de negar la industrialización sino de darle un horizonte internacional. Se dio en hablar entonces de una nueva tesis: la internacionalización de la producción.

En realidad, sin embargo, a las transnacionales no les interesaba tanto la internacionalización de la producción en la periferia sino sobre todo en los mismos centros, bajo el poderoso impulso de innovaciones tecnológicas que diversifican incesantemente los bienes y servicios. Y la periferia quedó nuevamente al margen de este tipo de industrialización, salvo en aquellos bienes que habían dejado de constituir innovaciones.

Hubo allí, por lo demás, una intensa liberalización del intercambio en la cual apenas participó la periferia. La liberalización no llegó en medida comparable a aquellos bienes industriales en que la periferia había conseguido o podría conseguir ventajas comparativas.

En consecuencia, las empresas transnacionales contribuyeron mucho más a la internacionalización del consumo en la periferia, que a la internacionalización de su producción. Así, de nuevo comprobamos la gravitación de los intereses de los centros.

Me he estado refiriendo a las transnacionales industriales que tanta influencia han adquirido en el campo internacional. Comparten ahora su enorme poder con las transnacionales financieras, esto es, con unas pocas instituciones bancarias privadas que se han desenvuelto con celeridad gracias al mercado de eurodólares, del cual nos ocuparemos más adelante. Estas transnacionales han desempeñado un papel muy útil cuando el alza de los precios del petróleo trajo consigo un cuantioso déficit en los países importadores. Pero después ofrecieron facilidades de crédito para el pago de estas acrecentadas importaciones, en las cuales figuraban con frecuencia bienes de consumo. Bien conocidos son los resultados: endeudamiento creciente para poder pagar vencimientos e intereses. La situación de ciertos países en desa-

rollo es materia de honda preocupación, no sólo por las dimensiones de la deuda, sino también porque el receso de los centros no permite realizar los pagos con las correspondientes exportaciones.

Pues bien, se trata de un caso de notoria imprevisión, tanto de los bancos privados internacionales como de los deudores; imprevisión alentada por las cuantiosas ganancias de aquéllos.

En cuanto a los países deudores de la periferia, se han dejado seducir frecuentemente por este género de operaciones que les dispensaba de tomar indispensables medidas de reajustes. Más aún, se les ha persuadido más de una vez que debían abrir sus economías a un aperturismo financiero estrechamente ligado al aperturismo comercial.

El aperturismo se opone a tomar medidas selectivas con las importaciones como las adoptadas en otros tiempos frente al desequilibrio exterior: habrá que evitar estas interferencias artificiales en las leyes del mercado y lograr el equilibrio exterior en otra forma, ya sea haciendo uso de aquellas facilidades crediticias o restringiendo el crédito para provocar la contracción y comprimir de esta manera las importaciones a expensas de la actividad económica.

También en esto ha habido un lamentable retroceso teórico, pues las mismas entidades financieras internacionales de carácter público habían llegado a reconocer —muy tardíamente por cierto— que ocurrían desequilibrios estructurales en las relaciones con los centros que requerían también reajustes estructurales. Mucho me temo que estemos volviendo a muy equivocados conceptos teóricos de otros tiempos. ¡Nueva manifestación del retorno de la ortodoxia!

Sin embargo, sería un grave error ver siempre en las teorías elaboradas en los mismos centros la influencia predominante de intereses que gravitan sobre la periferia. Lo que está ocurriendo ahora en los centros está demostrando palmariamente que ciertas teorías prevalecientes en aquéllos tampoco responden a las grandes mutaciones estructurales que allí han ocurrido.

Temo que al hacer esta afirmación se me atribuya la actitud arbitraria de observar ciertos fenómenos de los centros bajo el prisma de la

periferia. Sostengo, en efecto, que allí se está dando un desequilibrio estructural entre consumo y acumulación similar al de la periferia. Se trata, en verdad, de una crisis estructural.

2. La crisis de los centros

El capitalismo avanzado se encuentra en plena crisis. No es extraño que frente a ella se invoque frecuentemente a la gran depresión mundial de los años treinta. Sin embargo, se trata de dos fenómenos diferentes. La primera fue coyuntural, si bien de extraordinaria intensidad. En tanto que la crisis presente representa en el fondo un *desequilibrio estructural entre consumo y acumulación*, como en la periferia latinoamericana, que no parecería haberse dado anteriormente, como que en ese desequilibrio se manifiestan las consecuencias de la evolución de la estructura de la sociedad y de las relaciones de poder que de ella surgen.

Esta crisis se va incubando en los prolongados años de bonanza de los centros que terminan en la primera mitad de los años setenta. No es el resultado de una decadencia del capitalismo, sino más bien de su vigoroso desenvolvimiento, que le lleva a desbordar sus cauces, sin que se haya encontrado otros nuevos. Y el desenlace de todo esto ha sido la inflación social que, como en la periferia, no puede atacarse eficazmente con la política monetaria.

Para comprender la índole del desequilibrio estructural entre consumo y acumulación conviene recordar lo ya dicho acerca de la secuencia dinámica que caracteriza una economía en crecimiento, cualquiera sea el sistema económico y social. *La acumulación de capital reproductivo es condición esencial para que aumenten el empleo y la productividad, y ello es, a su vez, condición esencial para que se acreciente la acumulación; y así sucesivamente. De tal manera que si disminuye el ritmo de la acumulación se debilitará también el de la productividad.*

Tal es lo que, a mi juicio, ha ocurrido en los centros, comenzando por Estados Unidos. A pesar del altísimo nivel alcanzado por la productividad, ésta ha probado ser insuficiente para hacer frente al crecimiento de distintas formas de consumo. Al consumo creciente y cada vez más diversificado de los estratos superiores de la estructura societal se ha ido agregando el

de los estratos intermedios y, finalmente, el de los inferiores, a medida que se fortalecía el poder sindical y político de la fuerza de trabajo conforme acontecían las mutaciones estructurales de la sociedad. Y ello no se cumple a expensas del consumo de los estratos superiores, sino que se le superpone, tanto en cuanto al consumo privado como al consumo social de la fuerza de trabajo, principalmente por intermedio del Estado. Otro tanto sucede con el crecimiento del consumo civil de este último y del consumo militar.

No podría pues sorprender que, con el transcurso del tiempo, el ritmo de crecimiento del consumo haya tendido a sobrepasar al de la acumulación. Más aún, solamente una parte de ésta corresponde al capital reproductivo que acrecienta la productividad, además del empleo. Otra parte que tiende a crecer relativamente corresponde a formas de acumulación que no poseen esa virtud. Obviamente, ese es el caso del capital que se acumula para responder a los requerimientos del consumo militar. Además, tiende también a aumentar la proporción de capital que se destina a la incesante diversificación de bienes y servicios antes que a la productividad. Todo ello influye negativamente sobre el ritmo de la productividad, sin que esto signifique omitir otros factores.

Téngase en cuenta, por otro lado, que la mayor productividad no sólo se ha debido a innovaciones tecnológicas sino que proviene también del empleo irresponsable de un recurso natural agotable como es el petróleo. La corrección de este fenómeno significa emplear más capital por unidad de energía y, por tanto, por unidad de producto, en la medida que no se logre mayor eficiencia energética.

Análoga incidencia tienen las medidas destinadas a defender el medio ambiente de todas las formas viciosas que han venido deteriorándolo.

Por consiguiente, se imponen serias medidas de reajuste del consumo, tanto para elevar el ritmo de acumulación del capital reproductivo, del empleo y de la productividad, como para responder a las diversas exigencias de la defensa ecológica en materia de energía y de medio ambiente.

¿Cómo hacerlo? He aquí el problema fun-

damental que está aún lejos de resolverse, pues no hay en el sistema ningún mecanismo regulador del consumo y la acumulación, como así tampoco se ha dado una explicación teórica de estos fenómenos que pueda guiar la acción práctica.

Para corregir las consecuencias inflacionarias del déficit fiscal se está acudiendo, lo mismo que en algunos países de la periferia, a la atracción del ahorro del público a fin de mantener el consumo del Estado gracias a la compresión del consumo de quienes ahorran. Y se recurre a elevadísimas tasas de interés para obtener el ahorro necesario dadas las dimensiones del déficit. Más aún, para que estas tasas no provoquen un trasvasamiento de dinero bancario al mercado financiero, se suben también las tasas de este dinero mediante la restricción crediticia. Y esta restricción trae consigo el receso —para decir lo menos— y el desempleo. Y esto, además de comprimir el ahorro, dilata el déficit fiscal.

Admito que es posible en esta forma reducir en buena medida la inflación y aun eliminarla. Pero con un costo económico y social considerable no sólo para Estados Unidos sino para el resto del mundo y muy particularmente para la periferia. *Se trata de una política que, además de ser contraproducente, dista mucho de ofrecer una salida fundamental*, pues tarde o temprano tendrá que expandirse el crédito bajando las tasas de interés con el consiguiente efecto inflacionario, según se dijo más arriba.

Por supuesto que esta breve y somera excursión por fenómenos de los centros no responde a una mera curiosidad intelectual sino al propósito de explicar la índole estructural de esta crisis. Ya no es posible contrarrestarla como en los años treinta con una política expansiva de índole keynesiana, salvo combinada con otras medidas fundamentales que tardan en llegar. Mi conclusión es que no cabe esperar un duradero restablecimiento de la economía de los centros. En consecuencia, la periferia deberá prepararse para una seria prolongación de esta crisis utilizando a fondo su propio potencial de desarrollo. Pero haciéndolo en tal forma que si esta hipótesis no se cumpliera, pudiera aprovecharse el estímulo adicional que aquel restablecimiento de los centros traería consigo.

3. *La inflación planetaria y el aperturismo periférico*

Queda un punto muy importante por comentar: la inflación de Estados Unidos ha desbordado su ámbito nacional. Esto ha tenido la virtud de aliviar la presión interna del consumo sobre la acumulación, pues ha podido recurrirse a una parte del producto del resto del mundo. Y se ha pagado esta aportación con dólares que terminaron siendo inconvertibles.

Nuevo golpe a lo que quedaba del patrón oro, que se agrega al que sufrió durante la gran depresión mundial. El patrón oro se ha destruido en sus propios cimientos.

Los acuerdos de Bretton Woods significaron en realidad la liquidación del patrón oro. Desempeñaría ese papel el dólar, otorgando a los Estados Unidos una responsabilidad enorme que no supo cumplir. Una responsabilidad y el privilegio del señoreaje gracias al cual pudo crear para su propia ventaja la moneda que requería la expansión del intercambio mundial. La moneda internacional se libraría entonces de la escasez del metálico, pero en vez de crear dólares para responder a esas exigencias del intercambio se crearon principalmente para responder a la pugna redistributiva y al déficit fiscal.

Como quiera que fuere, sobrevino la inundación inflacionaria de dólares en todo el mundo. El dólar asumió el papel de moneda internacional, además de nacional, aunque no se ha sometido a las estrictas reglas del juego del patrón oro. Por el contrario, no ha estado sujeto a disciplina monetaria alguna.

La abundancia inflacionaria de esta moneda ha generado el mercado de eurodólares. Preocupados los países que los recibían por no provocar internamente una exagerada expansión secundaria de dinero, han volcado parte de sus tenencias a este mercado, prestándolo a plazos generalmente cortos. Y estas operaciones han acentuado la presión inflacionaria: por cada unidad de dinero, se han creado dos o tres unidades más, en la misma forma en que se multiplica internamente el dinero de las reservas bancarias. Pero estas operaciones no están sujetas a control alguno, contrariamente a lo que sucede en el ámbito interno de cada país.

Conste que cuando se presta dinero en el mercado de eurodólares no se está prestando

necesariamente ahorro realizado por quienes recibieron dólares por sus transacciones exteriores —esto es, con ahorro genuino— según ha ocurrido siempre en los préstamos internacionales a largo plazo, sino en gran parte con dólares que se multiplican inflacionariamente de la manera indicada.

Tal es otro de los paradigmas sobre el que se sustenta el aperturismo monetario. Incorporarse resueltamente al mercado internacional como si respondiera a aquella imagen pretérita del patrón oro.

A la luz de este concepto de aperturismo ha surgido una teoría monetaria del balance de pagos que niega razón de ser a la intervención de la autoridad monetaria frente a las fluctuaciones de origen exterior. Si éstas aportan un superávit, descenderán las tasas internas de interés y saldrá el dinero que no se necesita dentro del país; y ocurrirá lo contrario cuando haya déficit. Es una imagen muy simple de lo que sucede en la realidad cíclica de nuestros países. Cuando bajan las tasas debido al ingreso de fondos exteriores aumenta la tendencia al abuso crediticio que hace más difícil actuar en el descenso cíclico. La autoridad monetaria tiene pues que actuar de diferentes formas y creo haber tenido en ello una experiencia positiva cuando tuve alguna responsabilidad en la política monetaria de mi país.

Es claro que cuando abundan los dólares que los grandes bancos privados internacionales desean prestar, el aperturismo resulta muy atrayente. ¿Seguirá siendo así? No funcionaba de esta manera el patrón oro. El juego de tasas de interés se daba más bien entre los países grandes.

Tampoco me atrae el aperturismo comercial. Es un hecho bien conocido que los centros no siguen las reglas del juego de la división internacional del trabajo o que son incompatibles con el desarrollo de nuestros países. No me ocuparé ahora en ello. Sólo quiero referirme a la seria incidencia de la segunda gran crisis del capitalismo. ¿Cabe hablar de aperturismo incondicional frente al debilitamiento del ritmo de desarrollo en los centros y el recrudescimiento de su proteccionismo? No deja de ser paradójico que el retorno de la ortodoxia coexista con este fenómeno tan contrario a las ventajas comparativas de la periferia.

No debe confundirse el aperturismo comercial con la articulación racional de la periferia a los centros. El gran error del aperturismo no está en proclamar las ventajas comparativas —negarlo sería absurdo— sino en creer que el desmantelamiento de la protección y el subsidio nos permitirían disfrutar plenamente de esas ventajas.

Sirvan las consideraciones anteriores para templar el entusiasmo de quienes, en su afán imitativo, no sólo se dejan seducir por las teorías de los centros, sino por la manera con que atacan sus propios problemas. Observación que no sólo corresponde a la crisis presunta del capitalismo, sino también a la crisis pretérita: la gran depresión mundial de los años treinta.

Una pocas palabras acerca de esta última. Lo que parecía en los comienzos un simple descenso cíclico se transformó en una intensa contracción económica; el origen inmediato de este fenómeno ha estado, a mi juicio, en la violenta restricción crediticia a que el pánico bursátil condujo en los Estados Unidos. En vez de ello, hubiese sido aconsejable una política expansiva del Estado para hacerle frente. Pero las nuevas ideas keynesianas, que apenas comenzaban, tardarían mucho en penetrar. Ideas heréticas que terminaron más tarde incorporándose a la ortodoxia.

A todo ello se superpusieron las consecuencias trágicas de la fuerte elevación de los derechos de aduana. Contracción mundial, descenso de precios, proteccionismo: todo ello provocó un gran desequilibrio exterior en el resto del mundo con la impresionante acumulación de oro en los Estados Unidos. El resto del mundo tuvo que defenderse mediante el bilateralismo, que restringió las importaciones provenientes de aquel país y trató de mantener las que provenían de países a los cuales se podía pagar con exportaciones.

Fue la destrucción del sistema multilateral de comercio y pagos que parecía haberse sustentado sobre bases sólidas en una dilatada experiencia sólo interrumpida por la primera guerra. Y el régimen del patrón oro sufrió un durísimo golpe del cual no se recuperaría más.

Como es sabido, las consecuencias de esas crisis no han sido de corta duración; más bien han dominado una gran parte del medio siglo que transcurre desde la gran depresión. Pues

apenas el mundo se va reponiendo de las consecuencias de ésta, acontece la segunda guerra y después se presentan las grandes dificultades de la postguerra. Se registra luego aquella extraordinaria bonanza que se prolonga hasta la primera mitad de los años setenta. Y sobreviene con posterioridad esta crisis que me parece más profunda, compleja y difícil que la gran depresión.

He tenido el raro privilegio —académico, desde luego— de haber actuado como joven economista durante la primera gran crisis y la segunda guerra mundial, y de presenciar ahora la crisis presente. En aquellos tiempos tuvimos que improvisar medidas de defensa que fueron el comienzo de un impulso autónomo de desarrollo. Y ahora nos estamos viendo forzados asimismo a defendernos de las vicisitudes de los centros y emprender nuevas vías de desarrollo. Mucho hay que discutir antes de hacerlo.

En mi larga existencia, entre esos dos extremos de las grandes crisis mundiales me ha tocado participar en las luchas iniciales de UNCTAD para conseguir de los centros una esclarecida política de cooperación con la periferia.

Nada importante se ha logrado entonces ni después. Sin embargo, debe reconocerse que en los largos años de prosperidad que terminan en la primera mitad de los años setenta la preocupación de la periferia latinoamericana acerca de la actitud negativa de los centros fue cediendo ante las consecuencias positivas de las tasas extraordinarias de desarrollo que antes no se habían dado en forma tan persistente. A favor de esa prosperidad los países en desarrollo que más avanzaron en su industrialización encararon la exportación de bienes industriales. Se esforzaron por conseguir de los centros la liberalización de las importaciones donde ellos tenían ventajas comparativas. Pero no lo consiguieron.

A pesar de ello tales exportaciones tuvieron éxito pues la elevada tasa de desarrollo de los centros permitió vencer en muchos casos los obstáculos que las entorpecían.

Es muy comprensible que esta bonanza llevara a ver en ello la iniciación de una nueva época muy promisorio. La periferia se dejó deslumbrar, y frente al éxito exportador no se siguió racionalmente la sustitución de importa-

ciones exigida por la simetría del proceso de industrialización. Error análogo al que antes se había cometido en sentido contrario al sustentar primordialmente el desarrollo sobre el proceso sustitutivo.

No obedecen estas observaciones al deseo de poner sobre el papel lo que está aún vivo en la memoria de quien tuvo que actuar en aquellos tiempos procelosos, ni al solo propósito de exponer las graves preocupaciones que ahora me dominan. Es algo diferente lo que me mueve a hacerlo, pues quienes fuimos adeptos neoclásicos tuvimos que afrontar fenómenos que escapaban al ámbito de la teoría. Los centros, durante la gran depresión, habían dejado de ser un modelo ejemplar de funcionamiento, un paradigma al cual debieran procurar identificarse nuestros países; y lo que es igualmente grave, dejamos de recibir con respeto reverencial las teorías allí elaboradas. Y a través de tantas vicisitudes empezamos a buscar entonces nuestro propio camino de desarrollo.

En efecto la periferia había emprendido, hace treinta años, un esfuerzo tenaz y difícil de emancipación intelectual. Estaba aprendiendo a poner en tela de juicio las teorías elaboradas en los centros que no condecían con los intereses fundamentales del desarrollo periférico. El retorno de las teorías convencionales en los últimos años estuvo tratando de contrarrestar ese esfuerzo de autonomía en el pensamiento del desarrollo. La seducción de estas teorías es poderosa y enturbia la visión de la realidad sin que sus nuevos adeptos lleguen a percibir claramente el juego de intereses internos y externos que impulsa a esas nuevas manifestaciones del pensamiento convencional.

Se impone proseguir ahora ese esfuerzo de emancipación intelectual. Hay que avanzar ahora por campos más amplios e incorporando el examen de la estructura de la sociedad sin la cual la teoría del desarrollo, así como la praxis, seguirán extraviándose irremisiblemente.